

# Recuerdo de Carlo Michelstaedter, rumbo a la Patagonia

«Existen dos vidas: la vida que continúa y que quiere su continuación a cualquier precio; y la vida que vive, que se busca tan sólo a sí misma, infatigablemente. La vida que busca su continuación se encamina hacia la muerte, a través de la satisfacción de las necesidades y los engaños del placer. La vida que vive está en la *persuasión de sí misma* en cada momento y en todo lugar – y no puede morir porque carece (ya) de tiempo para morir. El *persuadido* es aquel que ha aprendido a estar a su altura».

Quien esto escribe es Carlo Michelstaedter (Gorizia, 1887-1910), autor de una obra forzosamente escasa, pero cuya singularidad le ha valido la calificación nada menos que de “Rimbaud metafísico” – esto es, de visionario desertor de toda ontología, como un ontonauta... ¿demasiado intrépido? Y es cierto que alcanzó a acuñar tan sólo una moneda, pero la jugó a cara o cruz hasta el final. Una generación después, a las dos efigies que ostenta dicha moneda, Georges Bataille las hubiera llamado «existencia», de un lado, y «empleo del tiempo», por el otro, pero en aquel momento Michelstaedter las nombró «persuasión» y «retórica», aunque en realidad se trata de una sutil modulación tan sólo bailando sobre el mismo canto: el que media entre aquello que tiene lugar cuando se vive en el instante vertical que se sostiene sobre sí mismo, ese orden de experiencia, y el que se construye sobre los cálculos infinitos que posponen ese encuentro para más tarde.

*La persuasión y la retórica* [trad. cast., Ed. Sexto Piso. México/ Madrid, en prensa] es el título de la obra mayor en la que Michelstaedter alcanza a dibujar con más precisión ese antagonismo radical que separa al animal de conocimiento capaz de sostenerse en la punta extrema de ese saber, indiferente tanto a la espera como a la desesperación, enteramente *persuadido* de la plenitud del instante presente, y, del otro lado, tantos abducidos como hay por la ilusión de una vida futura, demorándose en una experiencia meramente retórica del presente, engañados, atrapados en un cuento de la lechera interminable, entregándole a esa retórica la propia vida...

El antagonismo es claro, y Michelstaedter lo presenta en trazos más que vigorosos, y ante todo como un lector visionario del fondo más arcaico de nuestro saber: reivindicando el blanco o negro del viejo Parménides frente al gris resultante de la gran mezcolanza retórica en la que se obstinan las opiniones de los mortales: se es o no se es, no se va siendo... ¿Es posible olvidar tal cosa impunemente? ¿Cuál es el precio que paga quien deja de recordar la vieja lección de Heráclito: que es en la noche cuando le es preciso al hombre encender una luz en su interior, para sí mismo? Y así se va barajando en su escrito la memoria de ambos, y la de tantos otros a la vez como se ponen en diálogo en los escritos de juventud de Platón, en el *Gorgias* por ejemplo. Y recuérdese que allí, en 515 e, Sócrates arroja finalmente la máscara de su ironía para espetarle a su interlocutor: *esto no te lo digo por saberlo de oídas sino porque lo veo con claridad...* También Platón, en su enfrentamiento con el príncipe de la retórica, el gran Gorgias, el viejo sabio discípulo de Empédocles que ejerce ahora de sofista en Atenas,

le contraponen un Sócrates *persuadido*, que se despoja por una vez de su disfraz de ignorancia, abandonando la sempiterna cantinela del *sólo se que no se nada*, para presentarse tal cual es en lo profundo, como un conocedor, como un sabio.

Probablemente, la presentación más cumplida que puede hacerse de *La persuasión y la retórica* sea la que lleva a cabo Sergio Campailla, en la edición italiana [Adelphi, Milán 1999], donde dice:

En *La persuasión y la retórica* -si se lee atentamente- se relatan dos grandes apólogos. El primero, sin sustancia narrativa y desarrollado esencialmente con la funcionalidad de un segundo término de comparación, es el del peso que pende y depende, que nunca puede satisfacer su hambre de lo bajo y por consiguiente no puede ser persuadido. Se podría decir que la tragedia del peso es un *problema de gravedad*. Si la tierra no ejercitara su fuerza de atracción, ya no habría caída y se haría realidad la consistencia. El segundo apólogo es “el ejemplo histórico”... Sócrates, “en su amor por la libertad” se indigna “de estar sujeto a la ley de gravedad” y piensa que el “bien” consiste “en la independencia con respecto a la gravedad”. “Ser independientes de la gravedad”, continúa el texto, “significa no tener peso: y Sócrates no se concedió descanso hasta no eliminar de sí todo peso”. Platón se esfuerza por recoger la lección del maestro pero, no logrando encontrar una solución directa, inventa un artefacto... el macrocosmos que, repleto de Absoluto, le permite “elevarse hasta el sol, pero -engañando a la gravedad- sin perder el peso, el cuerpo, la vida”. Platón interpreta con menos inquietud el ansia socrática, y trata de alcanzar lo absoluto, pero permaneciendo vivo. La comparación entre los dos apólogos no podría ser más instructiva: el peso baja hasta lo más hondo, y encontraría su consistencia, es decir su persuasión, si dicha caída se detuviera; el aeróstato, en cambio, sube hacia lo alto, hacia el “reino del sol”. No obstante, uno y otro deben vencer la gravedad y alejarse de la tierra. Toda la obra de Michelstaedter expresa este anhelo de abandonar la Tierra, que es “desierto”, subiendo a la montaña, es decir al punto más alto y más próximo al cielo que se puede alcanzar estando en la tierra, sin dejar de obedecer al tiránico condicionamiento de ésta; o también huyendo hacia el mar abierto, que es lo opuesto al desierto, un reino alternativo...

*La persuasión y la retórica* la escribe, entre 1908 y 1910, un joven de veinte años escasos, con la intención de presentarla como *tesi de laurea*. Comienza a trabajar en ella apenas concluye su tesina sobre *L'orazione Pro Ligario tradotta da Brunetto Latini*, un trabajo filológico sobre la transmisión ciceroniana dirigido por el profesor Guido Mazzoni, del que lo único que saca en claro son algunas observaciones sobre la elocuencia y la persuasión en general, según declara, decidiendo entonces profundizar en el asunto con una *tesi de laurea* sobre *Los conceptos de persuasión y retórica en Platón y Aristóteles*, a partir de, básicamente, el *Gorgias*, el *Sofista*, y el *Parménides* platónicos, y la *Retórica* y la *Metafísica* aristotélicas. Será este el punto de partida para una tarea sembrada de picos y valles que le llevará dos años largos. Pronto su reflexión se diversifica fuera de los límites previstos por el marco académico: escribe en paralelo una obra, a medio camino entre el diálogo socrático y la *operetta morale* leopardiana, *Il dialogo della salute* [trad. cast., Marbot Ediciones SCP, 2009], concluida el 7 de octubre de 1910 y cuyos dos interlocutores, Nino (Nino Paternolli) y Rico (Enrico Mreule), junto con Emilio Michelstaedter (su primo, a quien le dedica la obra, a él y «*a quanti giovani ancora non abbiano messo il loro Dio nella loro carriera*»), forman la peña de conjurados de los tiempos escolares en el Instituto de Gorizia, los iniciados en el pensamiento de Schopenhauer, cómplices en el juego del vivir más allá de todas las trampas de la voluntad, en tanto que aprendices de sabio o de santo tal vez. Ya el 29 de abril del mismo año, en un artículo que le publica el *Gazzettino popolare*, “Ancora lo *Stabat Mater* di Pergolesi” (y que firma como “*Uno a nome di molti*”),

ha conseguido una caracterización limpia de lo que entiende por *persuasión*, a la vez que se ha hecho del todo evidente también que su reflexión no cabe en una *tesi de laurea*. Concluirá el trabajo, sin embargo, a su aire; llevará hasta su punto más extremo y luminoso lo que puede pensarse a partir de la experiencia del antagonismo entre ambos términos, *persuasión* y *retórica*.

Finalmente, el 16 de octubre termina los “Apéndices críticos” que cierran la obra, para acercarse luego donde su amiga Argia Cassini, como de costumbre, y pedirle que le interprete al piano la *Séptima* de Beethoven. A la mañana siguiente, después de enviar su escrito por correo al Ateneo florentino, se suicida de un disparo de revólver. Tiene, por entonces, veintitrés años.

«“Persuasión” es el concepto filosófico que corresponde precisamente al mito del mar cantado en las poesías del último año: aquel *mar sin fronteras / sin orillas cansadas* que se abre a la clarividencia amorosa de Itti, el hijo del mar, el Pez salvador de sí mismo» – escribe Sergio Campailla en el prólogo antes citado. Y es cierto, sí, *lasciami andare oltre il deserto, al mare...* – había dejado escrito poco antes de morir Carlo Michelstaedter en su poema dedicado “*Alla sorella Paula*”...

Ahora, en la mitad de un mar monótono e indefinido, rumbo a América del Sur, su antiguo compañero del Instituto de Gorizia, Enrico Mreule, le recuerda. Así comienza *Un altro mare*, la novela de Claudio Magris, quien rescató del olvido para el gran público la figura del joven filósofo goriziano.

En su traducción castellana [de J. Jordá, en Ed. Anagrama, Barcelona 1992], la novela se nos presenta así:

En vísperas de la Gran Guerra, el joven Enrico, helenista y filósofo, se embarca para Sudamérica y desaparece en el anonimato y en la soledad, un gaucho en la remota Patagonia. Abandona su Gorizia, todavía de los Habsburgos, con su mosaico de culturas diferentes: la ciudad de Carlo Michelstaedter, el amigo que ha marcado para siempre su destino, haciéndole vislumbrar un absoluto que no conseguirá alcanzar y sin el cual no conseguirá vivir, dejándole una herencia espiritual que será el único sentido de su vida pero que, demasiado elevada y opresiva, acabará por sumirla en una destructora y obsesiva fidelidad...

Y en la novela, siguiendo las andanzas de Enrico, su colega de siempre (el interlocutor de *Il dialogo della salute*, el amigo que le da el revolver fatídico poco antes de embarcarse), acompañándole, asistimos a un ejercicio dramático insólito y fascinante: Enrico se entrega a la tarea de dar cuerpo a la mirada que Michelstaedter logró dejar plasmada en *La persuasión y la retórica*; sigue, empecinado, la senda imposible de su lección y su ejemplo durante toda su larga vida.

Él ha visto nacer ese libro [*Il dialogo della salute*], cuando Carlo lo escribía mientras preparaba la tesis de doctorado en Florencia. La portada color marfil tiene un borde negro, un negro profundo que a trechos parece azul noche, en el cual unas líneas claras se persiguen y se encabalgan como olas. Son páginas que contienen la palabra definitiva, el diagnóstico de la enfermedad que corroe a la civilización. La persuasión, dice Carlo, es la posesión presente de la propia vida y de la propia persona, la capacidad de vivir plenamente el instante, sin sacrificarlo a algo venidero o supuestamente venidero, destruyendo así la vida en la esperanza de que pase lo más rápidamente posible. Pero la civilización es la historia de los hombres incapaces de vivir persuadidos, que construyen la enorme muralla de la retórica, la organización social del saber y del hacer para ocultarse a sí mismos la visión y la conciencia de su vacío. [pág. 70].

«Todos los progresos de la civilización son regresiones del individuo» – había dejado escrito Michelstaedter, señalando así que el camino del gregarismo que conduce a la construcción del hombre “social” no puede ser sino el de los *lugares comunes*, en los que toda responsabilidad ante lo que ocurre queda relevada de sus exigencias por recurso a las conveniencias del ir tirando, tutelado, a cubierto. Puede que lo propio de los esclavos no sea precisamente tener derechos, quizá no, pero en cualquier caso está claro que un hombre libre sólo es tal en la medida en que trata de estar a la altura de sus deberes.

Enrico vivirá todos los días de su vida encarándose con esta convicción, luchando, sin dejar de ponerse a prueba ni un solo instante. «En la nave que ahora surca el Atlántico, ¿Enrico está corriendo por correr o bien por llegar, por haber ya corrido y vivido?» [pág. 15].

Con esta pregunta comienza su viaje y así será de ahí en adelante, sabiéndose siempre en peligro y asumiendo el riesgo con la sola brújula que dibujan las palabras de su amigo Carlo. «Tú sabes situarte por entero en el presente, Rico, le habían dicho cuando partió, navegas por el mar abierto sin buscar temeroso el puerto y sin empobrecer la vida con el temor a perderla» [pág. 16].

Así comienza Enrico su vida en el desierto, sabedor de que, quien teme a la muerte, ya está muerto.

«Existen dos vidas...» – decía Michelstaedter hace un momento, lo sabemos, y muy probablemente sea verdad. Pero fue Enrico Mreule quien empeñó su vida en probar que estaba en lo cierto.

Miguel Morey